
Reflexiones sobre el transexualismo*

Catherine Millot

I. *She-Male*

En los pasillos de un hospital psiquiátrico se cruza uno con figuras extrañas, tales como la silueta de un luchador en minifalda vacilante sobre unos tacones altos, con mejillas azuladas por una barba que sin embargo ha sido afeitada a ras, y cubiertas de una base de cosmético. Es Robert, decididamente transexual, dispuesto si llega el caso a andar a puñetazos por las mujeres del M.L.F., poco combativas para su gusto. Robert está al borde del delirio: abandonando provisoriamente el burdel donde trabaja como criada, de tanto en tanto viene al asilo en busca de refugio contra una amenaza de "depresión".

En otros sitios, con otras facilidades, en los cabarets, en los locales de homosexuales de todo tipo, unas rubias deslumbrantes, super tías muy *stars*, se presentan imitando en *play back* las canciones de Marilyn Monroe, el modelo de todas, para pagarse la operación que acabará de hacerlas "verdaderas mujeres". Aquí la frontera es incierta, desde el travestido que según la definición de los especialistas está preocupado por conservar bajo el vestido eso con qué pasmar al prójimo pillándole por sorpresa, hasta el transexual que jamás ha tenido sino odio y desprecio por algo que le estorba en nombre de una virilidad que rechaza con todas sus fuerzas. En las calles de Pigalle, por la noche, el cliente que gusta de los equívocos está servido. Ya no

* Estos fragmentos corresponden al primer capítulo y a las conclusiones del libro *Exsexo. Ensayo sobre el transexualismo* de Catherine Millot. Publicado por Catálogos-Paradiso, Point Hors Ligne, Buenos Aires, 1984.

puede saber, pues todos los límites se confunden, si aquella soberbia brasileña es una mujer, un hombre travestido —dotado a la vez de senos flamantes que debe a los estrógenos y de un órgano muy viril— o un hombre “transformado”, provisto de una vagina artificial y que físicamente ya no tiene nada de hombre. Operaciones de cirugía estética (nariz, mentón, pómulos, arcos superficiales, manos, piernas) para feminizar la cara y el cuerpo, operaciones de cirugía de transformación de los órganos genitales, se practican hoy en cadena en casi toda Europa, y desde hace tiempo en los Estados Unidos. Son innumerables los jóvenes prostitutas que las llevan a cabo, y ya no es posible juzgar qué los empuja a ello: las leyes del mercado de la prostitución, es decir la demanda del cliente (¿qué es más vendible: un travesti con o sin pene?), o bien una determinación íntima, una vocación decidida desde siempre.

Los transexuales se encuentran también en otros sitios que no son este universo marginal, o sea en cualquier parte. La dueña de la granja donde usted compra tal vez es un padre de familia. Religiosos, médicos, enfermeros, empleados, funcionarios, “cambian” de sexo. En Holanda han tratado de facilitarles enormemente este paso, y a quienes así lo desean, bastan algunas entrevistas con un psicólogo para que se les abra el camino de un proceso de transformación que concluye en un cambio de estado civil. Esos hombres convertidos en mujeres pueden casarse, adoptar niños, las mujeres transformadas en hombres hacen inseminar artificialmente a su esposa y son los padres totalmente legales de su prole. Ya existen en Francia algunos casos, y eso no es más que el comienzo. La reforma de la legislación concerniente a los cambios de sexo está en curso. Actualmente la tendencia de los juristas franceses es muy vanguardista, y se contempla que la libertad de disponer de sí mismo se extienda a la elección del propio sexo. A fin de no subordinar el cambio de estado civil a unas operaciones que a pesar de todo son mutiladoras (muchos transexuales se detienen en el curso de la transformación antes de la ablación de los órganos viriles, o de los órganos genitales internos en la mujer), se trata de concedérselo también a los transexuales que hayan conservado su sexo de origen. Pronto la ley será stolleriana: distinguirá entre el sexo (órgano) y el género (identidad). “Con nosotros, se entra de repente en la ciencia ficción”, me decía una transexual.

Si hasta ahora los transexuales casi nunca lograban sus fines antes de los treinta años, o más, debido a los obstáculos exteriores que encontraban, de ahora en adelante ya nada detiene a los jóvenes que, apenas salidos de la adolescencia, desde los dieciocho años, quieren seguir este camino. Las amenazas de suicidio, frecuentes en estos casos, son argumentos decisivos para quienes tienen el poder de otorgar el permiso: los psiquiatras.

En los Estados Unidos, esto adquiere la amplitud de un fenómeno social que hasta llega a inquietar a las feministas. En una obra reciente, Janice G. Raymond lanzaba un grito de alarma: el transexualismo sería uno de los últimos medios inventados por los hombres para asegurar su hegemonía en la lucha de los sexos. Vendrían a competir con las mujeres en su propio terreno, amenazando con hacer pronto de ellas una especie en vías de desaparición. Al respecto cita las declaraciones de lo que allá llaman un "*she-male*", un hombre transformado en mujer quirúrgicamente: "las mujeres genéticas no pueden pretender tener el valor, la sutileza, la sensibilidad, la compasión, la amplitud de miras que se adquieren a través de la experiencia transexual. Libres de las cadenas de la menstruación y de la procreación, las mujeres transexuales son evidentemente muy superiores a las mujeres genéticas. El futuro pertenece a las mujeres transexuales. En un mundo que se agotará alimentando a seis mil millones de personas en el año 2000, la capacidad de engendrar no puede ser considerada un valor. El transexualismo sería así uno de los últimos avatares del maltusianismo".

También tendría otra función: la de reforzar los estereotipos sexuales, tendiendo con ello a mantener a las mujeres en el sometimiento a un rol convencional del que estaban próximas a liberarse. En efecto, la idea de la mujer que invocan los transexuales es de un conformismo total. Por fuera de la *star* y el ama de casa, que son los dos polos de la identificación femenina de los transexuales, no hay salvación. Para ellos (como para los médicos, psiquiatras, endocrinólogos y cirujanos a los que se dirigen), la feminidad se mide con la vara de la conformidad en unos roles. En perfecto acuerdo, colaboran en el establecimiento de las escalas de feminidad que luego miden una baterías de tests. Además, los transexuales se prestan a una especie de entrenamiento para su futuro rol, según los métodos ensayados por el conductismo, que los somete a un verdadero condi-

cionamiento. Las escalas de "feminidad" así establecidas sirven ya para medir el grado de adecuación a su rol de las mujeres "biológicas", y si los resultados se revelan insuficientes, se les ofrece una terapia conductista para una mejor adaptación. Los "*Gender Identity Clinics*" que florecen en numerosos estados están en camino de convertirse en centros de "*sex role control*", sirviendo así a los fines de una política de meter en cintura a las mujeres que cuestionaban los estereotipos sexuales. Para Janice G. Raymond, la feminidad del transexual no tendría nada de que ver con la de las mujeres "naturales", sería un genuino artefacto masculino, un fantasma típicamente machista, y la experimentación transexual vendría a ser una de las fases de la opresión de las mujeres por parte del poder patriarcal. En Janice G. Raymond vemos asomar a veces la sospecha de que el transexualismo, como arma ofensiva en la empresa de liquidación de la raza femenina, sería del mismo tipo que la "*male child pill*" de Postage, que masculinizando el feto permitiría tener niños varones a discreción, y resolver así el problema de la superpoblación.

Si el transexualismo responde a un sueño, el de cambiar de sexo, vemos que hace soñar, y hasta devanarse los sesos, a los transexuales. Si hasta aquí la diferencia de los sexos debe mucho a lo simbólico y a sus biparticiones, a lo imaginario que fija los roles, pertenece en última instancia, por lo que representa en cuanto a la imposibilidad de ser evitada, al registro de lo real, es decir que es del orden de ese irreductible contra el cual bien puede uno chocar indefinidamente. Desde este punto de vista, ¿cambiaría el *status* del transexualismo?

En todo caso es con lo que sueñan los médicos y los juristas, quienes por vocación tratan con el fantasma de un poder que no conocería límites, poder de tener en jaque a la muerte —ese otro real—, poder de hacer la ley, de legislar sin déficit ni superávit la realidad humana. El transexualismo responde al sueño de apartar, incluso de abolir los límites que marcan la frontera donde comienza lo real.

El transexualismo, sobre todo el transexualismo masculino, también hace soñar a las mujeres con el acceso a un saber sobre la esencia eminentemente inasible de la feminidad, pregunta que remite a cada una a aquello que la hace extraña a sí misma. Los transexuales, que pretenden poseer un alma femenina prisionera de un cuerpo de

hombre cuya corrección exigen, tal vez sean los únicos que se jactan de una identidad sexual monolítica, exenta de dudas y preguntas. Todos los hombres transexuales tienen una idea, y hasta una definición de la mujer: "las mujeres son dulces y amables" decía uno de ellos, lo que no puede menos que hacer sonreír a cualquiera que haya tenido que vérselas, aunque más no fuera con sólo una de ellas, a la hora de la verdad. También la belleza es un rasgo inevitable de la mujer, rasgo sobre el cual volveremos.

En ocasiones los hombres transexuales hacen delirar a las feministas, que ven en ellos un reconocimiento a la causa de las mujeres, una abdicación caballeresca de sus prerrogativas viriles, depositadas a los pies de las mujeres. Algunos, como Robert, ya mencionado, parecen confirmar esta analogía con el amor cortés. Son muchos los transexuales, en particular en los Estados Unidos, como lo atestigua Janice G. Raymond, que reclaman su admisión en el campo de las feministas. La posición cortés se encuentra también en los transexuales que se vuelven "lesbianas" algunos años después de haberse hecho transformar, y que abandonando toda búsqueda de una relación amorosa con un hombre, que confirmaría su feminidad, van a buscar ese reconocimiento junto a una mujer.

Ese viraje hacia la homosexualidad femenina es bastante frecuente, como lo hace notar Colette Piat en "*Elles... les travestis*", al igual que Janice G. Raymond, quién según su punto de vista ve allí una artimaña más del patriarcado. "*Sappho by surgery*", titula uno de los capítulos de su libro. Esos *transexually constructed lesbian-feminist* (lesbianismo y feminismo corren aquí parejos), representarían la realización de un viejo fantasma masculino de penetración de la intimidad de las mujeres entre sí, verdadera violación mental que, según ella, no hace otra cosa que manifestar, más allá de las apariencias femeninas, su profunda virilidad. Esta intrusión consumiría un modo insidioso de control de las mujeres, al estilo de los eunucos encargados de la custodia de los harenes.

El transexualismo es hoy en día un fenómeno social, incluso un síntoma de la civilización. Por tanto es proteiforme, y sólo corresponde a una definición mínima que a su vez linda con el estereotipo: se define como transexual a una persona que solicita la modificación de su cuerpo a fin de conformarlo a las apariencias del sexo opuesto, invocando la convicción de que su verdadera identidad sexual es

contraria a su sexo biológico. El transexualismo es actualmente la conjunción de una convicción, que no debe nada a nadie, y una demanda que se dirige al otro. Tal demanda es nueva, ya que supone una oferta que la suscita, la que hace la ciencia, pues sin cirujano ni endocrinólogo no hay transexual. En este sentido, el transexualismo es un fenómeno esencialmente moderno, pero que queda la convicción, que no ha esperado a la ciencia. Un artículo de los años 50 se titula "Forma epidémica de un mal antiguo". En efecto, ya Esquirol describía este fenómeno, y en los sexólogos del siglo XIX, Havelock Ellis y sobre todo Krafft Ebbing, encontramos observaciones así como testimonios de aquellos a quienes por entonces aún no se llamaba transexuales.

* * * *

Conclusión

Concluir es una necedad, decía Flaubert. En lo que hace a los transexuales puede ser no sólo necio sino nocivo, dado lo que está en juego de lo real. Por otra parte, trabajar sobre el transexualismo con los transexuales conduce a revisar no solamente los estereotipos a los que en cierta manera dieron lugar los trabajos de los pioneros, que construyeron la entidad transexual, sino también a emitir sucesivas hipótesis, a medida que la realidad con que uno se encuentra desmiente las precedentes. Los hilos que uno sigue conducen a veces a resultados inesperados.

Es así como me había parecido posible plantear la hipótesis de una diferencia radical de posición de las mujeres transexuales en relación al transexualismo masculino. Unos quieren ser *La Mujer*, las otras ser *un hombre*. La disimetría parecía evidente. Ahora bien, tras haber escuchado a las mujeres transexuales, y en particular a Gabriel, me inclinaría más bien a subrayar la proximidad de la posición de los transexuales de ambos sexos en lo que concierne a la relación con el falo y a la identificación con lo imposible a un goce que la existencia misma de lo Simbólico excluye. Esta posición insostenible que no obstante las transexuales procuran mantener desesperadamente, desemboca en la demanda de cambio de sexo. Sin duda esta demanda apunta inicialmente a consumir esa identifica-

ción. Se ha visto tanto en el caso de Gabriel como en el de Jan Morris que la operación, al contrario, tiene por efecto apartar al sujeto de ese lugar. Pero tal vez la demanda de cambio de sexo correspondía a una tentativa de salir del fantasma de ser el falo, de atravesar el círculo de papel del fantasma con el pasaje al acto, y sobre todo de escapar a la exigencia —imposible de satisfacer— de ser el objeto del goce del Otro, ese Otro que no existe. Los hombres transexuales intentan encontrar un límite a esa exigencia en su identificación a La Mujer que viene a suplir al Nombre del Padre.

¿Y las mujeres transexuales? Ellas parten, por el contrario, de que no pueden identificarse a La Mujer, y de ello concluyen su imposibilidad de ser una mujer, desconociendo que el refugio de las mujeres se sitúa en el lugar de la dehiscencia que las separa de La Mujer. Es decir, la imposibilidad de su posición, también para ellas. Desde este punto de vista, las mujeres tienen algo de transexual. ¿Acaso Freud no decía que se devenía mujer a veces, y que no era tan simple? Las mujeres transexuales se refugian como en un puerto en una identificación masculina, según una lógica del tercero excluido: si no mujer, entonces hombre. Pero muy a menudo la operación no aporta el mismo sostén que en el caso del transexualismo masculino. Las mujeres hallan su relación con la castración en lo real. Ahora bien, el cirujano pretende desmentir esto, induciendo en la mujer transexual una esperanza que la lleva a aferrarse en un "*penisneid*" sin resolución posible; en efecto, situar en el futuro la adquisición de un pene funcional gracias al progreso de la técnica, no hace sino redoblar el fantasma femenino corriente de obtener un día el falo codiciado. No obstante, se da el caso, aunque parece ser bastante raro, de que algunas de ellas, como Gabriel, lleguen mediante la operación a concluir que la castración es un mal irremediable.

Que el transexualismo se funda en el sentimiento íntimo de ser mujer u hombre es una de las falsas certezas que los testimonios de los transexuales permiten poner en tela de juicio.

Hay otra certeza que es importante discutir: la de que el remedio al malestar de los transexuales no pueda consistir más que en el cambio de sexo.

Hemos hablado del transexualismo antes de que este vocablo fuese acuñado. En cierto sentido no había transexualismo antes de que H. Benjamin y R. J. Stoller lo hubieran inventado. Había deli-

rios de metamorfosis sexual, que no es lo mismo. El transexualismo lleva en sí una disposición hacia el Otro, en particular una demanda. En tanto síntoma, se constituye completándose con esa dimensión del Otro, y más en particular con la función del deseo del Otro. Lacan dijo que el síntoma neurótico se perfecciona en la cura analítica, por el hecho de que el analista da consistencia al deseo del Otro, como enigma, deseo al que el síntoma se encuentra anudado. Si el síntoma es un significante que representa al sujeto, no deviene lo que es sino gracias a su conexión con otro significante, un significante oculto, no conocido, pero supuesto en el lugar del Otro, y que constituye ese saber desconocido sobre el deseo. El analista que ocupa ese lugar, si no responde, deja abierto el interrogante del deseo.

El transexual que, como hemos visto, se constituye por la asignación de otro (médico, psicólogo), por haber encontrado a su Otro en la ciencia, halla una respuesta obturadora, incluso falaz, al interrogante de su deseo. El deseo del Otro ya no está velado; el veredicto cae: que se haga operar. El Otro quiere su castración real. Hallar una respuesta al enigma del deseo del Otro, y una respuesta tal que lo sitúa como su objeto, no deja de provocar euforia. Pero siempre hay un resto, y los transexuales dan prueba de ello.

Así pues, el transexual no existe sin el cirujano y el endocrinólogo, representantes del Otro de la Ciencia. El hecho de que ese Otro se ofrezca para responder al interrogante del deseo conduce al transexual a constituirse en el objeto de su goce. Es el cobaya ofrecido en cuerpo y alma a la Ciencia, y paga con su carne para dar consistencia al fantasma de omnipotencia de la Ciencia moderna.

Cuando a partir de la etiqueta que se le propone un sujeto se ha definido como transexual, en cierto sentido la cuestión queda cerrada. Ha escogido renunciar a mantener abierto el interrogante de su deseo. En cierta manera ha renunciado por tanto a su propio deseo, para consagrarse en adelante al goce del Otro, para mayor gloria de la Ciencia.

¿Es posible otra vía? En particular, ¿se han experimentado otras soluciones diferentes del cambio de sexo? Contrariamente a la leyenda, en verdad se han intentado con los transexuales, y no sin éxito, toda clase de "psicoterapias" apoyándose en mayor o menor medida en la sugestión, desde la hipnosis hasta las terapias conductistas, pasando por las técnicas de condicionamiento. Y funciona:

los transexuales son sensibles a la sugestión. Llegan a discutir su identidad transexual, así como su elección de objeto sexual y renuncian, al menos provisoriamente, a una transformación hormonal y quirúrgica.

El carácter monolítico de su posición parece mítico. En el análisis de los sueños de quienes aguardan una operación transformadora, ya se había podido constatar que el paso que se disponían a dar no dejaba de suscitar conflictos psíquicos, y que su identidad sexual estaba lejos de hallarse tan exenta de contradicciones como se ha pretendido.

Conocemos los límites de la sugestión. No actúa sobre la causa sino que conduce a la elaboración de construcciones defensivas. Además la sugestión se ejerce en nombre de la norma, y supone la exclusión de la dimensión del deseo y de su interrogación. Esto es lo que tiene en común con la cirugía.

Ser transexual, me decía Gabriel, es renunciar a plantearse preguntas. ¿Será que en realidad los transexuales sólo quieren no enterarse de nada? El propio Gabriel desmentía esto.

Entonces, ¿por qué no el psicoanálisis? Un día vino a verme una joven transexual creyendo erróneamente que yo le daría la dirección de un cirujano que practicara las operaciones de cambio de sexo. La insté a que me dijera por qué tenía tanto empeño en hacerse operar. Me respondió que al tener la apariencia de una mujer mientras se sentía hombre, tenía la impresión de vivir mintiendo. Le objeté que si se hacía operar no haría más que cambiar una mentira por otra. En su exigencia de verdad, los transexuales son víctimas de un error, decía Lacan. Confunden el órgano y el significante. Su pasión, su locura, consiste en creer que librándose del órgano se libran del significante que los divide sexuándolos.